

# HIPÓLITO

DISCURSO  
DEL  
EXCMO. SR. D. JOSÉ LUIS PICARDO CASTELLÓN



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

# HIPÓLITO

DISCURSO DEL ACADÉMICO ELECTO  
EXCMO. SR. D. JOSÉ LUIS PICARDO CASTELLÓN

Leído en el acto de su Recepción Pública  
el día  
22 de Febrero de 1998

Y CONTESTACIÓN DEL  
EXCMO. SR. D. LUIS GARCÍA OCHOA



MADRID  
MCMXCVIII



Señores académicos:

Se me hace el gran honor de ser elegido miembro de esta excelentísima Real Academia de Bellas Artes de tan antigua e importante función cultural en nuestro país que lleva el insigne nombre de San Fernando.

Fui propuesto a ello por mi inolvidable amigo y compañero de profesión Julio Cano Lasso, por el Profesor Fernando Chueca Goitia y por el pintor Luis García Ochoa. A ellos, como a todos ustedes, mi agradecimiento mas sincero.

Espero recibir hoy la misma medalla que llevaron los ilustres arquitectos Don Juan Moya, su sobrino Don Luis Moya Blanco y últimamente Don José Luis Fernández del Amo.

De este último ¿qué voy a decir que los excelentísimos señores no sepan?. Magnífico arquitecto, persona de gran generosidad, profunda fe religiosa y amparador de las Artes.

Acabó la carrera en 1942 y se incorporó a Regiones Devastadas de tan grato recuerdo por sus obras enraizadas en la tradición. Entró en el Instituto Nacional de Colonización, también de magnífico recuerdo, y cons-

truyó entre otros pueblos los admirados de El Torno y La Barca de la Florida en Jerez de la Frontera, Vegaviana (Cáceres), La Vereda (Córdoba), Miralrío (Jaén), Cañada de Agra (Albacete), todos ejemplares y de perfecta ambientación local y tradicional sin dejar de ser arquitectura moderna.

En 1952 le nombraron director del Museo de Arte Contemporáneo y empezó su colaboración con arquitectos y artistas en revistas con inquietudes por el arte más moderno.

Ha sido en su momento el arquitecto a mi parecer más intelectual del país y un apóstol del Arte Sacro creando una nueva estética litúrgica con sus magníficas Iglesias como la del Seminario Hispano Americano de la Ciudad Universitaria de Madrid, que fue una revolución, así como el Complejo Parroquial de Nuestra Señora de la Luz, también en Madrid.

Ha sido profesor de proyectos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid dejando una magnífica labor didáctica.

Su arquitectura de raíces tradicionales ha conjugado con el racionalismo de la arquitectura moderna y ha dado una sabia lección para nuestra profesión.

Con su inteligente esposa Beatriz formó una estu-penda y amplia familia. Me siento orgulloso de haber sido su amigo y recibir la Medalla que él llevó.

HIPO-LITO,  
del griego, hipo= caballo y lito= piedra,  
base de la arquitectura

He dado muchas vueltas a conformar este discurso y existen muchos temas serios y trascendentes que podría tratar en él, pero también creo que no hay derecho a abusar de la gentileza de ustedes.

Por lo cual, renunciando a abordar temas trascendentes, complejos y difíciles, he querido más bien compartir con Vds. las pasiones estéticas de mi vida: la Arquitectura, las otras artes y el caballo.

La Arquitectura es la más completa obra del arte creada por todas las culturas. Tiene expresión de fuerza o delicadeza, de belleza y funcionalidad. Precisamente su funcionalidad de uso vital la hace superior a sus hermanas plásticas, pintura y escultura, pues éstas sólo son espirituales sin utilización funcional.

El caballo es a su vez una obra de arte de la creación, como la arquitectura lo es de la civilización. Las más perfectas razas, la árabe, la española, la inglesa y el percherón se asocian perfectamente a arquitecturas. La grácil raza árabe, a las arquerías de Damasco o al Taj Majal. Los caballos árabes pintados con exquisita pulcritud en las admirables miniaturas persas, cuya mejor colección está en el Museo Británico de Londres, son las más finas y bellas imágenes que se han hecho de ellos, rodeados

siempre de delicados jardines y arquitecturas orientales. El robusto percherón está asociado a las fuertes y grandes torres de los castillos medievales de Europa. El majestuoso caballo de raza española está unido a los palacios barrocos europeos y el mejor pintor que los representó fue Rubens. El esbelto pura sangre inglés está enclavado junto a las arquitecturas neoclásicas de Wren y de Palladio, y el mejor artista que los pintó fue el inglés Stubbs cuyos cuadros se expusieron en el Museo del Prado durante la visita a Madrid hace pocos años de la reina Isabel II de Inglaterra.

Platón dice que en el campo de las ideas de Dios los arquetipos son las obras cerca de la perfección. El caballo es una obra perfecta en su estética y función, que es como debe ser la Arquitectura.

Si me preguntan Vds. qué amo más si la belleza de un buen edificio o la de un buen caballo, no sabría decidirme porque ambos son perfecciones. Son el logro de combinar en un solo elemento la funcionalidad calculada de la manera más sutil. El caballo posee, la estructura fina, poderosa, elástica y potentísima de sus remos con el equilibrio de su cuello, lomo y grupa.

La Arquitectura a su vez es la armonía de su estructura, principalmente de formas geométricas que produce efectos de deleite y emoción.

Las maravillosas obras de Arquitectura que han creado los artistas, los soñadores que las impulsaron y han conservado sus amantes veladores, son obras asombrosas: las de la Antigüedad, las deslumbrantes del Clasicismo, las misteriosas Orientales, las potentes Románicas, las admirables Góticas, las esclarecedoras del Renacimiento, las voluptuosas del Barroco, las elegantes Neoclásicas y las Románticas y hasta las de nuestros días, alcanzan a gran altura al género humano por su principalísima parte en la cultura universal. La Arquitectura, me atrevo a declarar, es la reina de las Artes.

A su vez, el caballo es un animal que supera en belleza, fuerza y velocidad al cuerpo humano como animal físico, y la Arquitectura a su vez es el arte que protege a este cuerpo humano y lo enaltece y ennoblece con una exaltación espiritual.

Así como la Arquitectura tiene una materia, que es la superficie que vemos de materiales nobles, mármoles, granitos, cerámicas, metales, maderas y vidrios, el caballo posee una superficie con una piel de finísimo pelo de un brillo y suavidad delicioso y de unos colores tan variados como los de las piedras naturales de la arquitectura, y con unos nombres bellísimos: blanco plata, overo, tordo rodado, castaño, alazán, negro azabache, etc...

Nuestros antecesores paleolíticos ya admiraban al caballo junto a los bisontes como seres que los espíritus protectores habían puesto en la tierra para sus necesi-

dades y pintaron sus formas, siempre de perfil, pero perfectamente dibujadas, en los techos y paredes de sus cavernas para que sus espíritus les fueran propicios. Así, antes de hacer arquitectura los hombres ya adoraban al caballo y hacían arte con él.

En la Iliada, Homero cuenta cómo Odiseo construyó un caballo gigante de madera sobre ruedas para ocultar algunos guerreros aqueos y los troyanos creyendo que sólo era un monumento en homenaje a los dioses lo entraron en triunfo en la ciudad de Troya para lo que hubieron de derribar un trozo de la muralla para ampliar la puerta, hueco por el que luego entraron los demás helenos y se apoderaron de la ciudad incendiando sus arquitecturas.

Esto es un primer encuentro del caballo y la arquitectura en tiempos históricos, que no ha dejado de producirse.

En los monumentales templos del Nilo, maravillosas arquitecturas en piedra, los egipcios labraron en relieves escenas de guerra con caballos empenachados y enganchados por parejas en unos ligeros carros de finísimas ruedas en donde el faraón dirigía sus ejércitos.

En los suntuosos palacios de las culturas babilónicas, los reyes asirios se hicieron grabar en sus paredes escenas de guerra o caza con dibujos escultóricos maravillosos, con magníficos caballos; relieves que, en cuanto a

diseño de caballos, la arquitectura ornamental no los ha superado. Están hoy en el Museo Británico de Londres.

El Partenón de la Acrópolis de Atenas, una de las obras arquetípicas de la arquitectura, se adorna con el friso de caballos llamados de las Panateneas. Friso que será muy copiado en toda la arquitectura clásica y neoclásica.

Cuando Tolomeo habla de las murallas de Tirinto dice que la anchura de su vía superior la tomaron del caballo, a fin de que dos cuadrigas pudieran cruzarse.

Los romanos dominadores sobre Grecia y admiradores de su cultura quisieron honrar con una gran escultura al apoteósico conjunto arquitectónico de la Acrópolis ateniense y se les ocurrió instalar una gran cuadriga con caballos forrados de oro puro sobre un gran pedestal a la entrada del divino cerro junto a los Propileos. Fue un homenaje empleando el caballo como la imagen más noble que consideraron y como el ser creado por los dioses más digno para el caso. Estos cuatro caballos de oro han sido el botín máspreciado y símbolo de triunfo durante siglos.

Los romanos de Constantinopla se los llevaron a su ciudad y los venecianos durante una de las cruzadas se los llevaron a su vez a Venecia de donde Napoleón los desmontó y embaló para llevárselos a París pero cayó de su poder antes de poder hacerlo. Los austriacos ocu-

paron Venecia y aprovechando que los caballos estaban embalados pensaron instalarlos en Viena pero por causas políticas no lo hicieron. Ahora siguen estando, solemnes y majestuosos, en lo alto de la entrada de las puertas del gran Duomo veneciano presidiendo la espléndida plaza de San Marcos ante el famoso Campanile, tan digno emplazamiento arquitectónico como el de la Acrópolis ateniense original.

Los americanos si hubieran amado y seguido la Historia, al acabar la II Guerra Mundial sus generales se los debieron haber llevado e instalarlos en Washington como símbolo de poder universal. Pero mejor es que sigan en Venecia. ¿no les parece?.

Los romanos que organizaron la civilización universal inventaron como monumento arquitectónico, para honrar a sus grandes hombres, el arco de triunfo, tema que no ha sido superado por ningún artista y que sigue siendo de plena actualidad. Por estos arcos pasaba el triunfador siempre en un carro tirado por caballos, y siempre dicho arco estaba coronado con una cuadriga. Estos arcos adornan todas las grandes ciudades de Europa: Las Tullerías, Brandemburgo y Madrid entre otras. Así la arquitectura de más dignidad y honor está coronada por caballos.

No hablo ahora del caballo empleado en carros de guerra, de los asirios, hititas y persas, sino de la caballería ya de jinetes de Alejandro el Grande que empleó las

formaciones de caballos que había preparado su padre el rey Fili-Hipo, que quiere decir amante de los caballos, y que gracias a ello se extendió la civilización occidental a media Asia llevando tras sí la arquitectura helenística.

El gran Julio César apreció sobre todos los caballos al caballo andaluz, que con él entra en la historia. Tal entusiasmo tuvieron los romanos por los caballos que uno de sus emperadores honró a uno con el cargo de senador con el sueldo de tal para su manutención y boato. Su cuadra era como un templo con columnas y paredes de mármol de la más exquisita arquitectura. Pero hay que reconocer que este emperador se pasó un poco, tanto en caballo como en arquitectura.

En todo el mundo romano el espectáculo más popular y bello eran las carreras de cuadrigas con los mejores caballos del mundo y los romanos construyeron unos circos fantásticos de arquitectura con tribunas, solemnes tronos, pórticos y mediana o espina con esculturas a los más famosos aurigas. Aún perduran en muchas grandes ciudades actuales plazas aprovechando las explanadas que lo fueron de aquellos circos e hipódromos: La Plaza Navona en Roma que es la más bella de sus plazas, Estambul, Sevilla con la plaza de Hércules, etc.

He aquí como la Arquitectura y el Urbanismo han recibido el influjo del noble animal. Hoy las explanadas para las carreras de caballos llevan el nombre griego Hipo-dromo y han dado lugar a magníficas obras

de arquitectura, como la Zarzuela de Madrid, que son bellísimas por sus asintóticas perspectivas de las largas pistas y tribunas.

Los emires árabes de Córdoba construyeron con materiales romanos y arquitectos sirios, espléndidas cuadras para sus caballos de sangre oriental. Córdoba fue famosa por estas arquitecturas y admiración de los príncipes cristianos que asombrados eran los visitantes de la corte cordobesa. Las estupendas cuadras de Medina Azahara fueron destruidas con el palacio en la revolución de los integristas fanáticos y sólo las conocemos de referencias.

Los más solicitados regalos de los califas andaluces a los príncipes de Bagdad eran ejemplares de fina raza árabe, y los cordobeses les regalaban caballos andaluces que allí eran valorados por su mayor peso y valentía.

Los castillos medievales, generalmente reducidos de espacio, no tenían buenas y holgadas cuadras; éstas no representan ningún ejemplo arquitectónico. Lo que sí es que el caballo en el mundo medieval fue definitivo y su crianza era la más favorecida por los reyes y la nobleza tanto para la guerra como para la agricultura y el boato.

Una vez tuve que hacer restauraciones, ampliaciones y rehabilitaciones en unos castillos medievales y para ambientarme hice unas jornadas a caballo desde el Mo-

nasterio de Guadalupe, Yuste, Zamora etc. hasta Santiago de Compostela, y me impregné de la vida a caballo por tan antiguos parajes y arquitecturas medievales con el sonoro pisar de las herraduras sobre los empedrados en las estrechas calles de los pueblos dormidos en la Historia.

La torre de la Giralda de la Catedral de Sevilla, antiguo minarete de la mezquita almohade, tiene una rampa interior para que se pueda subir a caballo hasta su terraza. El rey moro se complacía al contemplar cómodamente desde allí su amada ciudad y parte de su reino. He aquí otra buena relación de arquitectura y caballo.

Hay dos actos simbólicos de ultraje de la arquitectura por el caballo: Almanzor entró a caballo en la Catedral de Santiago e hizo beber a su caballo en la pila bautismal; y Mahomet el Otomano, conquistador de Constantinopla, entró a caballo en la Catedral de Santa Sofía para espanto de los acosados cristianos que creían que tan colosal obra arquitectónica iba a garantizarles su salvación.

El mejor ejemplo de la arquitectura del caballo en España son los grandes cortijos andaluces herederos de las ínsulas creadas para la labranza por los patricios romanos con arquitecturas de plantas helenísticas. Los conservaron los nuevos amos, los godos y los árabes y han llegado hasta el S. XVIII con preciosa arquitectura barroca. Amplísimos patios cercados de

instalaciones para los caballos, espacios para dar cuerda, doma y monta. Todavía en la época romántica se construyeron algunos de estos cortijos que tuvieron su hermandad en las magníficas casas de fincas americanas sobre todo las haciendas de Méjico que son tan españolas como sus hermanas andaluzas: amplias arcadas y portales magnifican esta arquitectura romana, árabe, andaluza y americana que ha durado mientras el caballo ha tenido vida activa.

Unas piezas bellísimas son las cuadras de estos cortijos y de las grandes casas y palacios de ciudades como Sevilla, Córdoba, Ecija, Carmona, Osuna, Alcalá, etc..., que son construcciones de dos o tres naves divididas por columnas, al tipo de las basílicas romanas. Las columnas son finas pues soportan sólo los arcos y el tejado y con su esbeltez dejan mas espacio para el paso de los caballos a los que no dañan con sus superficies cilíndricas de mármol pulido.

En la Real Escuela Andaluza del Arte ecuestre que hice en Jerez, de estilo neoclásico, con los famosos caballistas Álvaro Domecq, padre e hijo, las cuadras son de este tipo basilical dejando la nave central libre para paso y las laterales para los caballos.

En los Alcázares Reales de Córdoba nuestro rey Carlos III, cuyo busto es uno de los que presiden este salón, construyó unas magníficas cuadras de este tipo

que están hoy de pleno uso para el VII Depósito de sementales del Estado.

Este buen rey que acertadísimamente acaba de ser instalado en la Puerta del Sol de Madrid ennoblece desde su caballo la histórica plaza. Por cierto que los estribos del real jinete están mal calzados como ya apuntó un miembro de esta noble Casa. Habría que corregirlo por perfección hípica.

Enfrente de esta noble Academia el bello edificio del Banco de Bilbao se corona con unas soberbias esculturas de dos cuadrigas en bronce que realmente presiden la calle de Alcalá con la gracia de sus siluetas helénicas.

Una arquitectura muy particular en España son las plazas de toros. Las primeras, Ronda y Sevilla, de estilo clásico, son preciosas obras arquitectónicas y fueron construidas por los caballistas enamorados de la monta para hacer sus evoluciones, juegos de cañas, carruseles y jugar con los toros bravos del campo. Estos caballistas eran los maestrantes de las Reales Maestranzas de caballería, milicia de hidalgos que poseían caballos de silla a sus expensas y cultivaban la ganadería caballar de pura raza española para defensa del reino. El tema de proyectar y construir plazas de toros siempre ha ilusionado a todos los arquitectos españoles e hispanoamericanos.

En la Francia del lujo del siglo XVIII se construyeron palacios en los que los establos de caballos eran

casi tan fastuosos como los salones de los señores, como el de Chantilly.

Hay toda una estupenda arquitectura de caballerizas por toda Europa, Italia, Portugal, Alemania, Inglaterra y países nórdicos. Hoy son objeto de las visitas del turismo de calidad.

En la corte de Viena y en el viejo palacio imperial existe el famoso picadero con altas columnas, grandes espejos y enormes lámparas de cristal. Es la más lujosa arquitectura que se ha hecho para lucimiento de los caballos. Por cierto que estos son de pura raza española procedentes del testamento del César Carlos V que dejó la mitad de sus tesoros repartidos entre España y Austria: tapices flamencos, pinturas, relojes, armaduras, tren de artillería y yeguas y caballos sementales. En Viena se conservó como un tesoro esta raza que en España en cambio se adulteró como se ve ya en los cuadros de Velázquez para dar mayor peso a los caballos de las carrozas, con sangres alemanas e italianas.

Este imperial picadero de Viena que tiene la cubierta de formas de madera y ha sido mucho tiempo la cubierta más amplia hasta las cubiertas de hierro, fue un alarde constructivo arquitectónico al servicio del caballo.

En Madrid y en Aranjuez también hubo reales picaderos que fueron reproducidos en grabados propiedad de la Calcografía de esta Real Academia. El de Madrid es-

taba al costado norte del Palacio Real y fue derribado en nuestros días para crear los jardines de Sabatini.

En Lisboa el picadero real, bello edificio de estilo barroco, es hoy museo de las lujosas carrozas de aquella corte.

En Londres son magníficas las cuadras de la Real Guardia a caballo que formó Carlos II Estuardo con los caballos españoles que compraron a cientos entre su padre, el desdichado Carlos I y su amigo el Duque de Buckinham, porque les habían encantado por la arrogancia y belleza de nuestra raza muy superior a la natural de sus islas.

La ciudad con más monumentos al caballo es la barroca Salzburgo y los Campos Elíseos de París están enmarcados por bellísimas esculturas románticas de caballos encabritados. La escalinata arquitectónica de la plaza del Capitolio en Roma está flanqueada por dos estatuas masculinas, que son Castor y Polux, que llevan del freno a sendos caballos de piedra, tema que se repite en el Quirinale.

El rey Felipe V y su arquitecto Sachetti plantearon en el Palacio Real una plaza, la de la armería, para las formaciones a caballo de la Guardia de Corps, y para las caballerizas de estos Ribera edificó el amplio cuartel de Conde Duque que son estupendas arquitecturas de su época en Madrid.

En los monumentos aislados de arquitectos y escultores el caballo ha sido tema constante desde que Miguel Angel colocó a Marco Aurelio en el centro de su original Plaza del Capitolio.

En la escultura, el caballo ha inspirado a los artistas en obras como el Gattamelata de Donatello y el Colleoni de Verrochio, ambas impresionantes, una por su serenidad y la otra por su energía. En anteriores tiempos en Verona están las preciosas esculturas de los caballeros Escalígeros armados de punta en blanco de los que modernamente el artista Carlos Scarpa ha colocado uno de ellos muy espectacularmente en el Castelvecchio de Verona.

Siempre estas esculturas representaban caballos parados o al paso y fue el escultor italiano Tacca que tomando el modelo de Velázquez puso a nuestro rey Felipe IV en un caballo levantado de manos, audaz obra que asombró a toda Europa por su alarde técnico y que presidía como preciosa joya el patio de entrada del Palacio del Buen Retiro.

Hay que recordar el enorme caballo que a Leonardo de Vinci se le quedó en las manos y en el que iba a ir montado Ludovico el Moro, duque de Milán, para implantarlo en el tremendo castillo Sforzesco.

Madrid es una de las capitales con mas esculturas ecuestres, siendo la más antigua la estupenda del rey

Felipe III que hoy en la Plaza Mayor es un inmejorable broche arquitectónico de la época austríaca.

Nuestro gran escultor en tiempos modernos ha sido Mariano Benlliure, autor de bellos caballos en los monumentos al general Martínez Campos y a Alfonso XII en el Retiro madrileño, este último rodeado de columnatas sobre un estanque que es un claro ejemplo de arquitectura romántica.

Quizás lo mejor conjuntado en España entre arquitectura y urbanismo con una estatua a caballo es la briosa escultura de Pizarro en la Plaza de Trujillo, enfática y bella expresión del arte hispanoamericano.

También citamos con deleite el friso en Tarazona de la cabalgata del emperador Carlos V entrando en Boloña, preciosa joya escultórica enriquecedora de la arquitectura renacentista aragonesa.

Las esculturas de los caballos encabritados desde el de Felipe IV han sido copiadísimas luego por reyes europeos como en Copenhague, San Petersburgo, Viena..., etc. y por todos los caudillos hispanoamericanos adornando las urbanizaciones de las ciudades.

Aparte de en la Arquitectura y en la Escultura, en la Pintura también el caballo es un tema constante. Los griegos se recrearon dibujando en los preciosos vasos de adorno unos caballos de finísimas formas, patas delgadísimas, esbeltos cuellos y redondas grupas de una

belleza no superada jamás por los artistas del tema en todos los siglos de Historia del Arte.

Hay pinturas de caballos que son tratados como arquitectura. Los famosos tres cuadros de la Batalla de San Romano de Paolo Ucello, uno en Florencia otro en Londres y otro en París, muestran unos caballos pesados como si fueran moles arquitectónicas. En la Italia moderna el pintor Salvatore Fiume pinta grandes caballos con ventanas y terrazas como casas, ciudades enteras, inspiradas en las extrañas formas del paisaje de la Capadocia. Este artista es el que ha hecho verdadera arquitectura con el tema del caballo agigantado.

El caballo es un volumen armónico de curvas y contracurvas convexas y cóncavas como el rococó que da juego a unas formas exquisitas continuamente empleadas en el arte y sobre todo en la arquitectura barroca.

Es lo más contrario, por decirlo en griego, la antítesis, de la actual arquitectura nuestra que se basa sobre todo en prismas rectangulares.

He aquí los dos entes tan diferentes que he querido relacionar en nuestra cultura: el caballo y la arquitectura también como antítesis, pues uno es fundamentalmente dinámico y la otra lo es estática, solo que ambos tienen los pies bien puestos en la tierra.

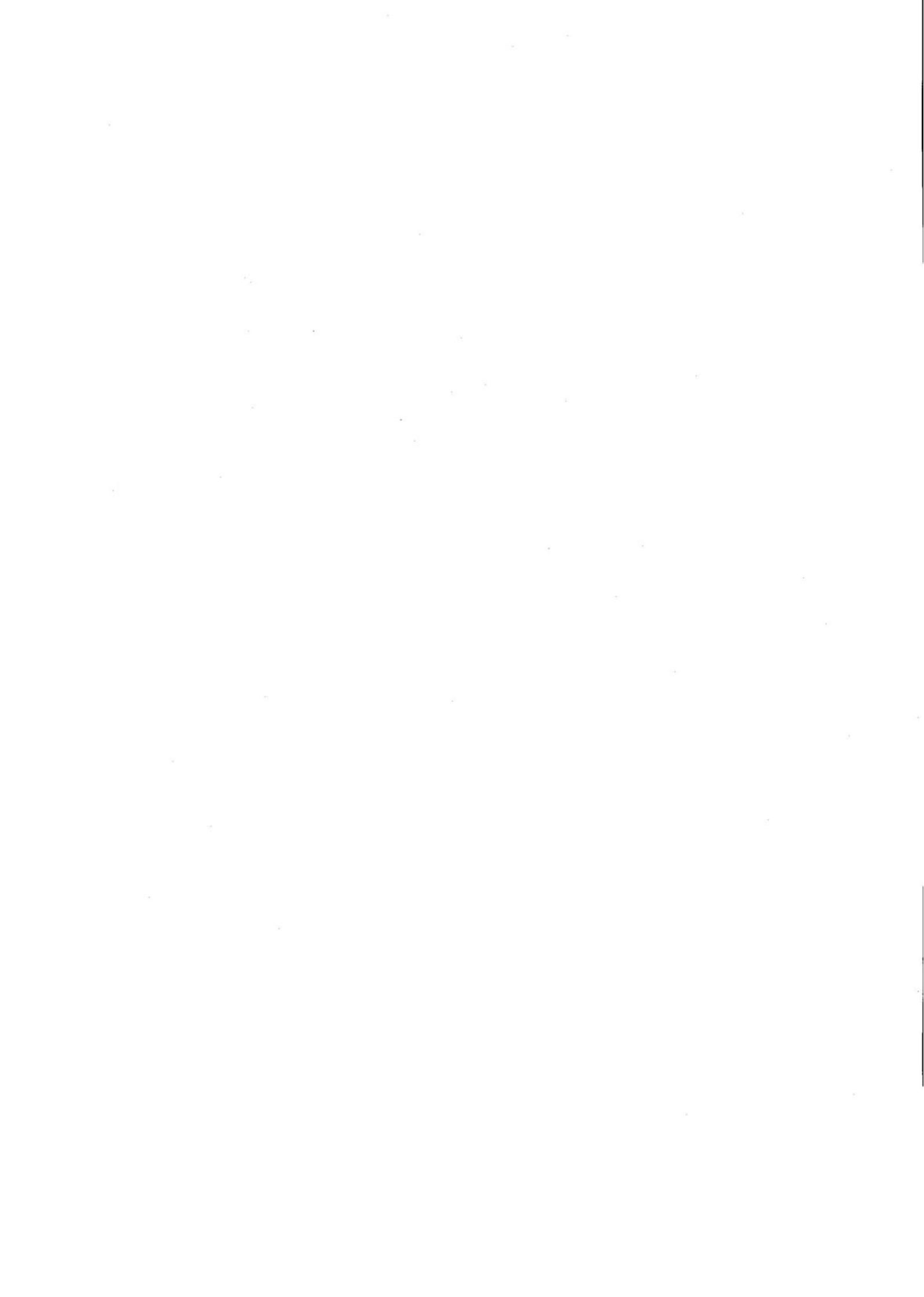
Para acabar les contaré una imagen muy expresiva en la que el caballo vence a la arquitectura. La gran

muralla de China es la obra más grande en concepto y tamaño de cuantas arquitecturas se han hecho. Es la única que se distingue desde la luna. Era la defensa de la industriosa China contra los salvajes mongoles, que a lomo de sus caballos veían ante sí este insalvable obstáculo. Todo siguió así hasta que un caudillo de esos jinetes logró hacer en una noche, con miles de prisioneros, una amplia rampa acumulando tierra, de subida y bajada. A la mañana siguiente por la llanura avanzó toda la horda y al galope superaron la gran barrera arquitectónica y conquistaron el país.

Este triunfo del caballo sobre las murallas es el gemelo del de Troya con lo que empezó este discurso.

Este discurso podría resumirse con un bello nombre que inventaron los griegos: Hipólito, caballo de piedra. Para mí ese nombre es un sueño de Arquitectura.

Muchas gracias.



CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO  
EXCMO. SR. D. LUIS GARCÍA OCHOA



Señores Académicos:

Hoy viene a nuestra Corporación un ilustre arquitecto: D. José Luis Picardo Castellón, el cual acaba de pronunciar un bello discurso dedicado a la exaltación del arte que profesa y a la de ese maravilloso animal, el caballo, que desde tiempo inmemorial ha acompañado al hombre en los campos y en las ciudades, en arduas jornadas, en ceremonias en torneos y en sus conquistas más audaces.

La arquitectura es prehistórica, el caballo también. Fue éste domesticado por el hombre de los primeros días y con él ha convivido a través de la historia. Su gracia, su elasticidad, la ligereza en algunos y la poderosa fuerza en otros, pero siempre la armoniosa belleza, ha sido la causa de su adopción modélica por parte de arquitectos, escultores y pintores de todas las épocas. Cuando Picardo se plantea una elección entre los dos paradigmas, la arquitectura o el caballo, no sabe por cual decidirse. Sin embargo, cuando el planteamiento se produce frente a las diversas manifestaciones plásticas, nos dirá: "La arquitectura, me atrevo a declarar, es la reina de las artes".

Ha situado Picardo al caballo en las más bellas arquitecturas del mundo: En las arquerías de Damasco o en El Taj Majal. Nos ha mostrado su admiración por los bellísimos caballos de las miniaturas persas. Ha asociado al caballo percherón con los poderosos castillos medievales y a los majestuosos caballos españoles con los palacios barrocos europeos. "El Caballo, nos ha dicho, es una obra perfecta en su estética y función, que es como debe ser la arquitectura".

Efectivamente, los caballos han sido hermosos motivos escultóricos asociados a las arquitecturas monumentales. Han ocupado sitios pinaculares en las edificaciones. Se han elevado sobre airosos basamentos en las grandes vías de las poblaciones. Y recordemos al Gatamelata y al Colleoni cabalgando victoriosos por las plazas de Italia.

Consideramos a la arquitectura como una de las manifestaciones más altas del arte y de la inteligencia humana. La arquitectura, extendida por toda la faz de la tierra, se constituye en el arte más universal, el que todo lo llena; las demás artes le rinden pleitesía. La música canta en el interior de los salones y de los auditorios, y en las catedrales, los órganos, sonoros instrumentos de formas radiantes, se incorporan en su propia esencia. La escultura, un arte fraterno con la arquitectura por la cualidad de sus materias terrestres y por los volúmenes de su cuerpo tridimensional, se establece junto a sus

muros, ornamentándolos, llenándolos de vida, y la arquitectura le ofrece sus armoniosos pedestales. La pintura, que es el arte que ha escrito desde remotos tiempos la leyenda visual de la humanidad, se proyecta sobre sus muros, se confunde con ellos. Los pintores, mezclando la realidad con la fantasía, mediante formas, colores y extensivas perspectivas, la han llenado de signos humanos y de territorios infinitos.

En las estancias más íntimas de la arquitectura palpita el corazón humano. Penetra el hombre por sus puertas para el ejercicio de su soledad y cuando abre sus ventanas, desde la serena posesión de sus sueños, aprende a contemplar el esplendor de la naturaleza.

Perdida en el tiempo, la arquitectura nace cuando el habitante de las cavernas siente la necesidad de evadirse de su oscura vivienda y busca la luz del mundo. Utiliza para ello los elementos materiales a su alcance y poco a poco, sirviéndose de sus manos todavía inexperatas y de su pensamiento elemental, comienza la construcción de nuevos habitáculos que lo defenderán de las inclemencias y de los peligros. Y cuando después de milenios, de épocas serenas o convulsivas, de transiciones, aspiraciones y búsquedas incesantes, el hombre alcance la maestría en su gran arte, se rodeará de bienestar, de cosas que enriquecerán su vida; y entre los seres humanos, aquellos que sean capaces de sentir la belleza, obtendrán el don de la espiritualidad.

La arquitectura crece con el hombre, juntos han escrito su historia. Una historia sustentada por las sucesivas culturas que ha ido perfeccionando el pensamiento humano. Y los arquitectos han construido templos para los dioses y palacios, mansiones y jardines para los hombres. Y también edificios académicos, platónicos, guardadores de los tesoros de la sabiduría y del arte.

Y frente al movimiento incontenible de los ciclos y de las edades, los habitantes, a pesar de su heroísmo, no han podido detener el dolor de las catástrofes, de las guerras, de los incendios, de las devastaciones. Y de esta manera la arquitectura ha sufrido los vaivenes de la Historia, y ha padecido en su carne la herida del tiempo. Así ha ido viviendo este arte maravilloso: evolucionando, transformándose constantemente, proclamando la grandeza del hombre y demostrando su poderío.

En este siglo, la arquitectura detenta un señalado signo racionalista. Anhelante por alcanzar una pureza constructiva; fijando su atención sobre la funcionalidad y despojándola de lo innecesario, geometrizando al máximo sus estructuras fundamentales; sintetizando las formas, ha logrado crear unas imágenes audaces que van a caracterizar el tiempo que estamos viviendo. Con dejación de su antiguo fausto ha recibido, por contra, el formidable impulso provocado por los avances tecnológicos. Se acerca a la intención de Le Corbusier de crear "una máquina para vivir", y en las urbaniza-

ciones ciudadanas se erizan poliedros magníficos que presagian cambios en el desarrollo de la sociedad futura. En el nuevo rumbo, la arquitectura, sean cuales sean sus designios, ha seguido creando obras muy hermosas, de las que no es ajeno nuestro nuevo compañero, cuya actuación profesional ha estado profundamente implicada en las aspiraciones y en las conquistas estéticas y funcionales de nuestro tiempo.

En el año 1945, José Luis Picardo natural de Jerez de la Frontera ingresa en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Comienza una actividad que va a ocupar el resto de su vida. Para conocer en profundidad las potencias que obraron sobre su formación, tendremos que buscar su relación con los arquitectos que le precedieron y que, en mayor o menor medida, fueron sus maestros o consejeros. En primer lugar es necesario pronunciar el nombre de D. Luis Moya Blanco, que es quien le invita, durante la guerra, a trabajar en su estudio, realizando temas de arquitectura idealista. Precisamente será Moya quien le instigue, finalizada la contienda, a seguir los estudios constitutivos de la carrera de arquitecto. Y también quien le encargue en 1939 su primer trabajo pictórico: un mural en el Cine Fígaro de Madrid. D. Luis Moya, uno de los arquitectos insignes de la época, fue miembro de esta Corporación Académica durante largos años, dejando una estela admirable por su bondad, por su sabiduría y por su inteligencia. Así Picardo, tan bien aconsejado y

protegido, comienza una dedicación pictórica que, aunque secundaria al lado de su futura profesión arquitectónica, jamás le abandonará.

Siendo estudiante nuestro nuevo compañero, recibe el encargo por parte del arquitecto D. Luis Gutiérrez Soto, de las numerosas pinturas murales del Hotel de los Cisnes, en Jerez, en concurso con otros artistas. A su vez realiza otros murales en el Bar Jerez, en la calle de las Torres de Madrid. Esta dedicación pictórica hará que el futuro arquitecto desarrolle y perfeccione su capacidad como dibujante. Otro de sus trabajos será la realización de perspectivas para algunos arquitectos, entre los que se encuentran: Zuazo, Barroso, y el propio Gutiérrez Soto, entre otros. Y para la Dirección General de Arquitectura, dirigida por D. Pedro Muguruza Otaño. Picardo ha mostrado una gran admiración por D. Secundino Zuazo Ugalde, a quien considera y así es también por nuestra parte, como uno de los importantes arquitectos de la época.

Su dedicación a la pintura será continua durante el periodo de sus estudios: Murales para la Residencia de Ingenieros del Instituto Nacional de Colonización, en La Barca de la Florida, Cádiz. Murales en la Exposición de Regiones devastadas, en 1942. Amplias pinturas en el Restaurante Commodore de Madrid, para el ya citado arquitecto D. Luis Gutiérrez Soto. En el Hotel Plaza de Madrid, para D. Julián Otamendi. En el Instituto de Óp-

tica, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, para D. Miguel Fisac. También realizará murales para edificios del arquitecto D. José Aspíroz, para la comercial de hierros de Madrid y para Construcciones Aero-náuticas de Torrejón de Ardoz. Esta copiosa dedicación pictórica se completará con montajes y stands en la Feria del Campo de Madrid; con colaboraciones en la revista "Arquitectura", dirigida por D. Carlos de Miguel, y en el Boletín de la Dirección General de Arquitectura.

La cualidad primera que nos da la medida de la categoría de Picardo como excelente artista plástico, cualidad ampliamente demostrada a lo largo de su dilatada carrera profesional, tanto en el terreno de la pintura como en el de la arquitectura, es la de dibujante. Los arquitectos, los escultores y los pintores de las grandes épocas han sido buenos dibujantes. Durante el Renacimiento, por ejemplo, los creadores plásticos dominaban de tal manera el oficio, que eran capaces de realizar indistintamente, con increíble perfección, cualesquiera de las artes; que, por cierto, en algún tiempo se llamaron "artes del dibujo".

La actuación profesional de José Luis Picardo tiene dos vertientes perfectamente definidas: En primer lugar está su actividad como autor de la pura creación arquitectónica, estando constituida la segunda por sus trabajos de restauración y rehabilitación de edificios antiguos. Respecto a la primera de estas actividades, nuestro nue-

vo Académico, ha creado edificios de corte moderno, perfectamente integrados en su emplazamiento, adecuados al lugar para el que han sido proyectados, estando asimismo inscritos en las concepciones actuales que rigen los usos de las construcciones modernas: audaces y al mismo tiempo poseídas de funcionalidad, maneras que se corresponden con el ideario de nuestro tiempo. Precisamente Picardo ha elevado el rango de la arquitectura, sobre las demás artes plásticas, por razón de su funcionalidad y responsabilidad.

Innumerables son dichas obras de restauración y rehabilitación centradas principalmente en Paradores de Turismo, ubicadas las más importantes en Jaén, Guadalupe, Arcos de la Frontera, Alcañiz, Pedraza, Cáceres, Carmona, Sigüenza, Puebla de Alcocer, etc. A las que habremos de añadir multitud de proyectos, en un terreno en el que Picardo ha alcanzado, tras tan variadas experiencias, una verdadera maestría.

Demostrando un puntual conocimiento de los estilos clásicos, ha realizado, además, obras de restauración de la Catedral de Cádiz, en el Monasterio de Guadalupe, en la Catedral de Sigüenza y en el Humilladero Capilla en la sierra de Guadalupe.

Ha rehabilitado el Palacio del Marqués de Montana, hoy de Domecq, del siglo XVIII, en Jerez. El Palacio de Gamazo, para la Banca General de Francia, en Madrid. El Casón del Buen Retiro, con la instalación del "Guerni-

ca" de Pablo Picasso. Y el Castillo de San Felipe, en el Puerto de la Cruz de Tenerife.

Sus obras, en lo referente a la demanda particular, se encuentran diseminadas por diversas regiones españolas. Destacaremos como obras muy singulares: El edificio de la Escuela del Arte Ecuéstre, en Jerez de la Frontera, y su última obra el Edificio del Archivo Histórico y Provincial en la zona antigua de Salamanca, en 1995.

Destacaremos su participación, formando equipo con el arquitecto D. José María Muguruza, para el proyecto de la Ciudad Nueva de Karachi, en Pakistán.

Pero la obra más importante en la carrera profesional de José Luis Picardo, es sin duda, el edificio de la fundación Juan March de Madrid. En esta construcción cuyos muros resplandecen por la blancura de los mármoles con que están revestidos, se observa cómo los ángulos resultantes de la intersección de los planos de las fachadas están suavemente redondeados, lo cual depara al edificio una serena armonía, lejana de una posible sequedad emanada de la austera sobriedad con que está concebida la obra, carente en absoluto de aristas, que hubieran podido originar una geometría excesivamente rígida, se convierte en un volumen de agradable imagen. La blanca construcción ubicada en un barrio de noble aspecto, se yergue sobre bellos jardines que la rodean, aumentando su belleza. El interior

está también provisto de una gran riqueza material. La zona reservada a la manifestación de exposiciones artísticas y actos culturales, se constituye en un ámbito propicio para el desarrollo de tales funciones.

La anterior enumeración, aunque sintetizada, de la obra de Picardo, nos conduce a la consideración que merece su personalidad de arquitecto-artista y justifica su elección como Miembro Numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El conocimiento y la relación con la arquitectura universal, la ha alcanzado Picardo por medio de sus viajes por el mundo. Viajero impenitente, se ha detenido tanto ante las edificaciones de la antigüedad, las que definimos, como "clásicas", como ante aquellas que se constituyen en las grandes conquistas estéticas de nuestro siglo. Sus viajes por España le han permitido conocer puntualmente la arquitectura de nuestro país.

Para completar el perfil de la personalidad de José Luis Picardo, será preciso referirnos todavía a una de sus grandes aficiones: la Historia. La lectura constante de los hechos históricos, le ha proporcionado una conquista cultural y una visión amplia proyectada en su trabajo arquitectónico.

---

Conocí a José Luis Picardo cuando éramos colegas, en los primeros años del bachillerato. Él era un

buen estudiante y, lo puedo asegurar, el mejor dibujante del colegio. Él pensaba ser marino, y yo arquitecto. La guerra nos atrapó casi adolescentes todavía, nos envolvió en su maldición.

Cuando la paz nos tornó a la dignidad de nuestra juventud y recobramos la alegría, cambiaron nuestros destinos. José Luis comenzó a querer ser arquitecto y yo pintor. A través de los años nos hemos encontrado repetidas veces. Recuerdo una ocasión, ya lejana, en que venía a mi estudio y le hice un retrato al óleo que él conserva. Yo observé atentamente su carrera y él la mía. Y en este día, si hay algo que me complazca inmensamente, es verlo ocupando un lugar entre los Miembros de esta noble Institución.

Aunque parezca insólito, no existe precedente alguno en la Academia, de que un arquitecto sea presentado por un pintor, en nombre de la Corporación, en vez de serlo por un compañero de profesión o por un competente en arte. La rotura de tal infrecuencia supone, sin embargo, un acercamiento, una unión fraternal entre nuestras dos artes.

En nombre de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y desde mi posición de Miembro de la Sección de Pintura de la Institución, tengo el honor de recibir y dar la bienvenida al arquitecto Don José Luis Picardo Castellón.

Dep. Legal: M-2563 - 1998

---

Imprime: Gráficas Arabí, S.A.